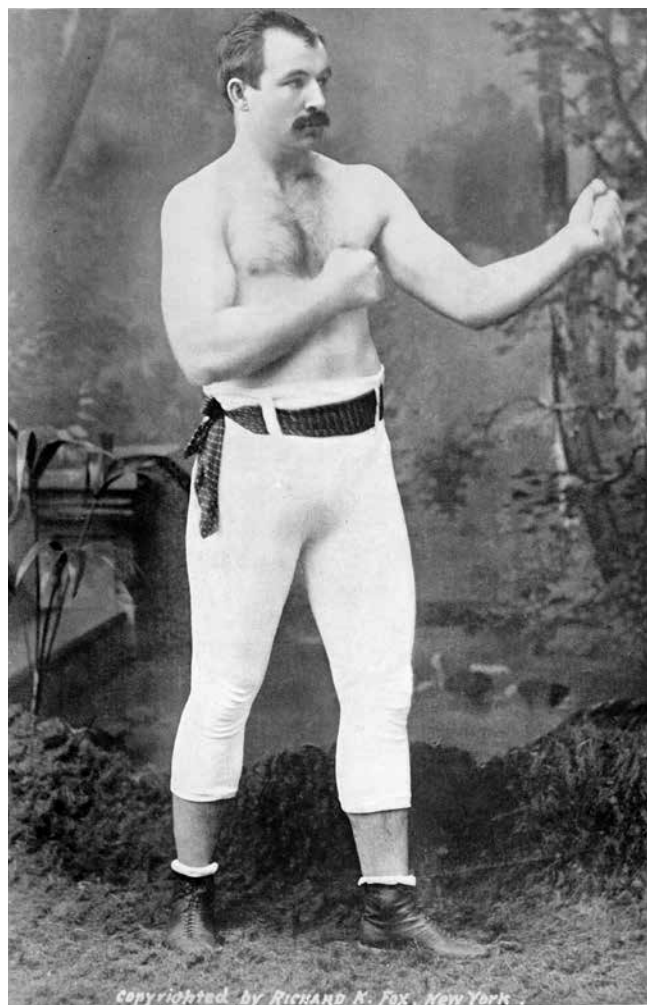


Deleuze, creador y atleta

Ramón Castillo

MONSIEUR DELEUZE SE ARROJÓ DE UNA VENTANA el 4 de noviembre de 1995. Antes de los vertiginosos segundos que duró la caída, su respiración era deficiente, dolorosamente difícil, imposible de sobrellevar y, aun así, aceptada con decoro. Una entrevista realizada entre 1988 y 1989 muestra al filósofo platicando de manera relajada con su alumna Claire Parnet, sin embargo, los episodios de tos que se cuelan en la grabación muestran el estado de sus deteriorados pulmones. Su voz es cascada, es la de un viejecito calmo, con lentes de fondo de botella que, no obstante, ha escrito prodigiosos libros. Un anciano que ha pensado con rabiosa independencia y que ha colocado a la creación como su bandera de batalla. Bajo esa apariencia estropeada y débil anidaba el impulso ígneo de un rebelde, un atleta, un bailarín a la usanza nietzscheana.

Harold Bloom señala que un paso necesario dentro del proceso creativo es aquel en el que todo debe de pasar por el tamiz de la batalla. Una lucha, dice, entre la tradición y el sujeto; entre sus mayores y él mismo; entre padre e hijo. Esta forma de hacerse de un nombre, insiste Bloom, está relacionada con lo que en *Tótem y tabú* expresó Freud, es decir, con la necesidad de pararse frente al macho alfa y destronarlo, hacer de su muerte un sacrificio necesario para el progreso de las cosas del mundo. Deleuze, que no era muy adepto a Freud, tenía una manera divertida de



Jake Kilrain, 1898



explicar esta relación en la que todo creador se afianza ante sus antepasados mediante el forcejeo intelectual e inventivo. Él hablaba de una divina concepción cuya mecánica consistía en una apropiación violenta, física y hasta humillante de sus temas de interés. De manera gráfica lo exponía como una sodomización, una penetración a la mala y por la espalda, con el único fin de dejarle un hijo bastardo al filósofo en cuestión.

Así, son diversos los monstruos que Deleuze le hace a varios de los pensadores que lee con entusiasmo y garra. Hume, Bergson, Spinoza, Kant entre otros, son receptáculos para la semilla deleuziana. El resultado es el despojo de una batalla pugilística en la que el pensador francés establece su dominio. Para él, de lo que se trata es de fomentar un acto creativo en el que la violencia sea más que un resultado una condición, y en lugar de hablar de negatividades se piensa en emanaciones positivas. Crear es una forma de ordenar el universo de manera novedosa, permitiéndose las libertades propias que se dan en el juego, en el cambio perpetuo de lo que se afirma para hacer evidente la fuerza, el deseo, las ganas de vivir o, en sus propias palabras, dejar en claro que “todo está permitido en el ejercicio de las asociaciones”.

Posteriormente a la entrevista con Parnet, Deleuze publicó un par de libros más. El último de ellos es un volumen dedicado a la literatura y las concomitancias con el pensamiento filosófico. *Crítica y clínica* comienza con un texto soberbio que en su título proclama todo: *La literatura y la vida*, ensayo breve y sustancioso en el cual Gilles Deleuze señala la intrínseca relación que existe entre ambos registros, una comunicación poderosísima que se traslada, en un vaivén ora violento ora acompasado, desde las antípodas de lo vivible. Se escribe, proclama el autor, para seguir siendo ese algo que por naturaleza siempre está incompleto, se escribe más por una necesidad, por una vergüenza, por la necesidad de una escapatoria siempre postergada, por un deseo de correr hacia una estado de salud en el que la creación y la vida se emparentan.

La literatura es una salud, afirma tajante, conmovedor y cierto. Es verdad, la literatura, como un modo de vida es el medio por el cual se contempla la herida que sostiene a Fitzgerald, el alcoholismo desencantado y místico del Cónsul en *Bajo el volcán* es la visión errabunda de Kerouac y los experimentos alucinatorios de Burroughs, los celos de Proust y la carcajada torcida de un Kafka irónico.

Crear es entonces, bajo el registro literario, anunciar la llegada de las huestes extranjeras, la policromía de un pueblo inusitado. La salud deja de pertenecer al registro de lo médico y se traslada a una competencia eminentemente literaria, creadora, inventiva y alucinante. Deleuze celebra la capacidad de los literatos para

convertirse en aquello que Nietzsche proclamaba como un deber impostergable, el ser médicos de la cultura. Gracias a los poderes de observación y diagnóstico, los escritores delinean los síntomas de su época, los satirizan, los retratan fielmente, los tergiversan, en fin, los transforman en una forma de anunciar posibilidades novedosas de experimentar el mundo.

De esta forma, debemos aprender, nos dice, que de los escritores se extrae una vivencia que necesita transgredir el campo de lo cotidiano y que en tal lance se juegan la vida, el equilibrio mental. La salud que retrata la literatura es de un registro superior, un orden que no se refleja de manera necesaria en la condición física, sino que alude a un estado de potencia, de alegría suprema en el que la plenitud de las fuerzas se refleja en la rabiosa mordedura de quien no está conforme con el mundo tal cual lo conocemos. Escribir es un proceso que sugiere mundos paralelos, estados donde la lengua deja de expresar lo habitual y comienza a marcar ritmos distintos, como de tambores lejanos, como de latidos de un corazón animal, salvaje, deseoso.

Así, probablemente, sonó el corazón de Deleuze mientras volaba desde la cornisa de la ventana. Es evidente que a primera vista resulta asaz complicado empatar la imagen de un suicidio con la celebración de la vida; sin embargo, en el caso Deleuze este gesto afirmativo es el corolario de un existencia abocada a liberarse de la enfermedad, la pesadumbre y la muerte. Arrojar al vacío no era tanto un deseo de aniquilación, sino una forma de sostenerse en la consigna de que



Demócrito, Antonio Canova, cc. 1800

ciertos actos abren nuevos horizontes. Crear es desde esta perspectiva un arrojarse a lo desconocido, con el único fin de ver un poco más, sentir algo distinto, comprender un poco mejor las cosas, una aventura circular que no siempre se completa.

Bajo tal reflexión recordamos el caso de Céline. Deleuze nunca deja de elogiar esa forma tan fenomenal que tiene de escribir, de crear lenguajes distintos, otras formas de hablar el francés, de vivir y ver el universo; no obstante, también señala con desconcierto esa otra faceta desaforada del autor de panfletos antisemitas. La salud también es un equilibrio, un andar tembloroso sobre un cable, sin malla de seguridad, un coqueteo frenético con la locura y el lugar más oscuro de nuestra conciencia. La tentación y el peligro siempre están ahí, acosando la plenitud de la escritura para tornarla una revuelta dictatorial, una clausura en lugar de ser la puerta de acceso a experimentaciones propositivas.

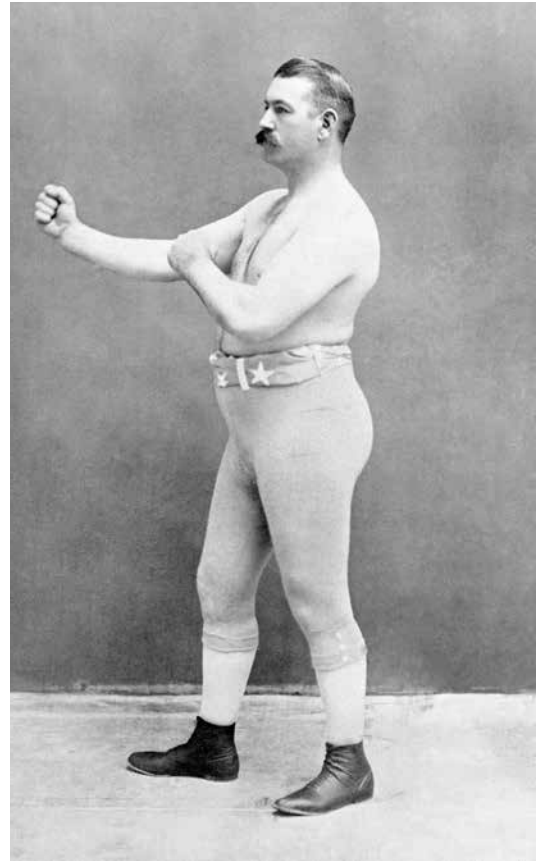
La literatura es salud, y la salud es lucha; en otras palabras, la escritura se confirma como un espacio atlético, el encordado sobre el cual se da la batalla entre iguales, entre precursores y maestros, entre la enfermedad y sus manifestaciones, el lugar donde se guerrea contra uno mismo. Deleuze señala que las mejores cosas siempre

salen de la lucha. Hay algo de potencia viva, infantil, pura en el deseo de luchar, de sostenerse en la vida mediante la escritura. El atleta, como el escritor, se hace en el ejercicio constante, en la vida espolcada por la necesidad. Vicente Quirarte lo dice de manera concisa: “Crear es respirar y no crear equivale a morir. Crear es vivir y dejar de hacerlo es una muerte más larga que la muerte[...], si cambias la palabra atleta por escritor, la analogía es igualmente posible [...]el escritor, como el corredor, practica su trabajo en la forma más gratuita y desinteresada, porque nadie lo obliga”.

La literatura es, entonces, una carrera de largo aliento, una batalla contra todo, un deseo inquieto que sólo tiende a su autoafirmación. Mediante este proceso se fortalece la veta creativa y la patencia de una furia vital escribiendo libros que, bajo la sentencia de Roberto Arlt, sean tan salvajes como “un *cross* a la mandíbula”.

Se comprende de manera más clara el deseo juguetón, entre perverso y divertido de Deleuze al afirmar que lo que él busca es empalar a los filósofos que aborda. En el fondo, lo que quiere es regocijarse en la mezcla, el collage imaginativo de conceptos, experiencias, insinuaciones. De ahí que no resulte extraño encontrar en sus textos múltiples referencias provenientes de registros diversos, inesperados y en apariencia azarosos.

La celebración de la vida queda, pues, manifiesta en cada una de sus afirmaciones, en cada línea que escribe se entrevé una necesidad suprema de crear posibilidades, sugerir caminos cuyo trazo se abre y complica de maneras insospechadas. Escribir es ser un poco deportista, aunque no haya necesidad de realizar proezas físicas, los logros del escritor pertenecen a un espacio diferente, en el ejercicio de la escritura escribir es una lucha con el lenguaje, pero también una lucha contra la literatura misma, una batalla contra la muerte, una batalla a favor de la existencia, una historia en la que resuenan las voces de aquellos que han decidido confrontar al mundo y desde el terreno cubierto por su pluma afirman el advenimiento de realidades distintas. Escribir, se comprende entonces, es vivir. ▀



John L. Sullivan, 1898